

Nuevos paradigmas Hacia una nueva sociedad en el Siglo XXI

Wim Dierckxsens

La coyuntura internacional para un cambio radical

Existe el falso e ingenuo supuesto que los gobernantes y la banca lograrán balancear la economía siempre. Es cierto que pueden intervenir y han intervenido para superar crisis, pero no pueden evitar las crisis ni evitar un agotamiento en la propia racionalidad económica. La amenaza de una nueva recesión mundial en una era de globalización podrá ser tan profunda que habrá una crisis generalizada de pago. Las deudas privadas y públicas ascienden sin cesar a nivel internacional y al interior de muchas naciones. La sola deuda privada y pública de EEUU alcanza hoy en día la mitad de la deuda mundial y, al ser el dólar moneda de reserva internacional y moneda de pago internacional, una crisis de pago pone en peligro la estabilidad financiera a nivel mundial.

En años recientes EEUU ha impreso billetes bancarios de dólares sin límite y ha emitido masivamente bonos de tesoro del estado. No es posible averiguar exactamente la magnitud del dinero impreso ya que no son datos públicos, pero se estimaba hace un tiempo que es aproximadamente de cuatro a ocho veces la circulación monetaria que guarda relación con el tamaño de la economía de EEUU (con un PIB de más o menos 13 trillones de dólares en 2004) (**Adrian Salbuchi, "Death and resurrection of the US dollar", en www.globalresearch.ca**). Mientras los países continúen vendiendo el petróleo en dólares y los bancos centrales continúen invirtiendo sus reservas internacionales en dólares, la demanda de esta moneda se mantendrá elevada y no precisa una devaluación aguda de la misma.

Sin embargo, hay amenazas. Desde 2001, Saddam Hussein vendió el petróleo de Irak en Euros e invitó a los países de la OPEC hacer lo mismo. Lo anterior hubiera significado una venta masiva de dólares para adquirir Euros para así cancelar la compra de petróleo. La oferta masiva de dólares que implica causaría una caída brusca del dólar. De ahí se explica la guerra contra Irak y de ahí también se puede interpretar la amenaza de una ampliación de la guerra contra Irán. La guerra en Medio Oriente mantiene elevada a los precios de petróleo y con ello la demanda de dólares. Los petrodólares que obtienen los países productores a su vez suelen invertirse mayoritariamente en bonos del tesoro de EEUU u otros papeles de valor en esa moneda. La amenaza de guerra junto con la superioridad militar norteamericana ha de mantener a EEUU como el puerto más seguro para tales inversiones.

Es política expresa de EEUU promover la demanda de dólares por parte de las bancas centrales, en billetes de papel o bonos del tesoro. EEUU bloquea, sin embargo, invertir en grande en la economía real del país con dichas reservas. La adquisición de riqueza real implicaría la entrada masiva de dólares de papel (sin respaldo) para adquirir empresas, complejos portuarios, grandes edificios u otra forma de riqueza real. En 2005, por ejemplo, China intentó comprar con sus reservas en dólares la compañía petrolera estadounidense UNOCAL, pero la oferta china fue rechazada por el Congreso. Cuando Dubai hizo una oferta de invertir en el manejo portuario de EEUU, recibieron la misma negativa del Congreso. El mensaje es claro: EEUU estimula la demanda de dólares sin respaldo en el exterior pero no su oferta masiva al interior del país. La inflación consecuente no se da en el mercado de bienes sino en el mercado donde se negocian bonos, acciones u otros papeles de valor.

Hoy en día la impresión de dólares y de dinero en papel ha pasado el punto de no retorno y el colapso monetario a nivel mundial es inevitable. El momento crítico es postergable pero inevitable. Mediante aventuras militares, EEUU hará lo posible para que la demanda de petróleo y entonces la demanda de dólares perdure lo más que pueda. El resultado de las elecciones de noviembre 2006 pueda ser decisivo para saber si EEUU irá a la guerra contra Irán antes del término de la administración Bush. Los malos resultados políticos y militares en la guerra en Irak, sin embargo, constituyen un serio dilema. La comparación de Irak con Vietnam acepta hoy en día hasta la Casa Blanca. En un ataque eventual a Irán con el uso de armas nucleares resulta en este entorno como una "ventaja" para tomar la decisión interna al implicar menos muertos del lado norteamericano. El

lado negativo, sin embargo, es la reacción en cadena que podrá desembocar en una Guerra Global con el uso de armas de destrucción masiva.

Un desenlace militar a escala internacional, sin embargo, pondrá en peligro toda la vida en este planeta. Irán contestará sin dudas y la guerra puede descontrolarse. Un ataque a Irán, con el uso de armas nucleares, unificará a China y Rusia y muy probablemente aislará la posición norteamericana más que nunca. En el plano económico, la ampliación de la guerra implicaría una desarticulación comercial y la consecuente desconexión de muchos países del proceso de globalización. La desarticulación comercial y la desconexión consecuente tienen consecuencias nefastas para las empresas transnacionales y por ende para la economía en los propios países centrales.

La coyuntura internacional revela una pérdida de hegemonía de EEUU no solo en el plano económico, sino también en el político y militar. El hecho que Corea del Norte se unió en la actual coyuntura al “club de poseedores” de armas atómicas, la administración Bush sin duda lo empleará para prevenir la llegada de Irán a dicho “club”. Debe de estar claro que la administración Bush no tiene necesidad de solicitar previamente autorización para ir a la guerra, ya que el Congreso ya pasó una ley (H.R.6198) para hacerlo. Sin embargo, el Congreso, pueda usar el artículo 1, sect.8, cláusula 14, de la Constitución, puede bloquear la autoridad del presidente de dar órdenes para el uso de armas nucleares. Tal decisión implicaría, en la práctica incluso el bloqueo de un ataque convencional a Irán (**Prof. Jorge Hirsch, “Voting against nuclear war with Iran”, tomado de www.globalresearch.ca, 18 de octubre de 2006).**

Al estancarse, eventualmente, la perspectiva de una aventura bélica, la amenaza de un colapso del dólar se hará más real que nunca ya que la demanda de dólares (con la demanda de petróleo) tendería a la baja. La amenaza de la guerra continuará por este motivo ser política probable durante todo el segundo período de la actual administración Bush. Conforme se hace más patente la amenaza de un colapso del dólar durante el segundo período de la actual administración Bush, EEUU tiene todavía el recurso de introducir un Nuevo Dólar convertible en oro. Los dólares antiguos podrán ser convertidos en Nuevos Dólares por un cambio de uno a uno para una minoría: las corporaciones norteamericanas y las instituciones financieras de EEUU así como para ciertas naciones aliadas como Israel y Gran Bretaña. El resto del mundo tendrá que cambiar la excesiva cantidad de antiguos dólares en circulación contra una limitada cantidad de Nuevos Dólares. El mercado libre de Dólares Nuevos puede revelar que hay que pagar 4 hasta incluso 10 dólares antiguos para poder comprar uno nuevo. Tratase de un “mega corralito” a nivel global. Sería la estafa mundial más gigantesca de toda la historia. La consecuencia será una crisis financiera internacional y la radicalización de la política contra el imperio en el mundo. (**Adrian Salbuchi, “Death and resurrection of the US dollar”, en www.globalresearch.ca).**

El aislamiento del imperio con tal mega estafa se hará patético. Japón y China, que manejan las reservas internacionales más grandes en dólares, sufrirían enormes consecuencias para su economía, pero también los países productores de petróleo, así como países como India, Brasil y los tigres asiáticos. Los países periféricos reúnen el 70% de las reservas internacionales en dólares (The Economist, 16 de setiembre de 2006) y recibirán el impacto más directo. En los últimos años, sin embargo, China se está preparando de alguna forma para esta mega estafa mundial y está transfiriendo los dólares sin respaldo hacia terceras naciones, para obtener inversiones reales. China está comprando empresas y materias primas en África y América Latina. El colapso financiero internacional se internacionaliza así y afectaría al mundo entero. Una desarticulación del sistema financiero internacional implicará la Gran Crisis Global con la credibilidad del imperio de pique lo que cambiará la estructura de poder a nivel mundial. Lo anterior nos indica que podremos estar presenciando una crisis profunda del propio sistema económico.

De la lucha social a la lucha política: hacia la quinta internacional

En la coyuntura desdibujada quedará claro que el capitalismo constituye un “horizonte superable” y no insuperable como hoy en día piensan muchos ideólogos y dirigentes de movimientos populares. La izquierda se tornará radicalmente anti-neoliberal, anti-hegemónico y anti-imperialista y a la vez democrática de avanzada. En la actualidad y en lo inmediato las luchas no pueden ser dirigidas más que contra el neoliberalismo y la arrogancia de la hegemonía norteamericana. La tarea es anticipar a la construcción de una alternativa de izquierda con estrategias y tácticas que cohesionan las

diferentes corrientes ideológicas y los movimientos comprometidos en la lucha contra el neoliberalismo y la arrogancia de la hegemonía norteamericana. La construcción de la convergencia puede ser formulado en términos políticos de diferentes maneras complementarias: “A favor de un frente unido a favor de la justicia social e internacional acompañado de una conciencia anti-imperialista. El Estado democrático de transición larga más allá del capitalismo salvaje demanda un estado que impone una regulación ciudadana y social, o mejor aún la socialización mediante la democracia ciudadana que integra y no a través del mercado total que excluye, Samir Amin, “Pour la cinquième internationale”, Les Temps des Crises 2006, página 110.

La izquierda tiene hoy el reto de ir más allá de la crítica y autocrítica de la historia del comunismo en el siglo XX para iniciar de manera abierta e intensiva el debate sobre las estrategias alternativas constructivas para el Siglo XXI. Politizar el debate constituye la condición de la convergencia en medio de diversidad de las fuerzas progresistas. Reconstruir la unidad implica la organización de amplias mayorías capaces de exigir el derecho a la inclusión. La estrategia ofensiva necesaria de reconstitución del frente popular del Sur requiere de la radicalización de las resistencias sociales frente a la ofensiva del capitalismo imperial. Exige su politización, es decir su capacidad de hacer convergir las luchas campesinas, las de las mujeres, de los obreros, de los desempleados, los informales y de los intelectuales y asignar al movimiento popular en su conjunto objetivos de democratización y de progreso social posibles en el corto y mediano plazo. Exige que los valores que dan legitimidad al movimiento sean de porte universal (que se inscriban en otras palabras en una perspectiva socialista) y de ahí permitiendo sobreponer los obstáculos que oponen los pueblos del Sur entre sí (musulmanes y hindúes, por ejemplo), Vea Samir Amin, op. Cit.

Lo anterior implica la necesidad de formular estrategias con una perspectiva de larga duración de la transición del capitalismo mundial al socialismo mundial. Una estrategia eficaz de acción debe ser capaz de avanzar en tres direcciones simultáneamente: el progreso social, la democratización radical y la construcción de un sistema mundial pluricéntrico. En el transcurso de esta larga transición se combinarán en la realidad elementos de reproducción de la sociedad capitalista y contradictoriamente elementos de desarrollo de relaciones sociales socialistas. Es necesario y posible un progreso en esa dirección en todas las regiones del sistema capitalista mundial, tanto en los centros imperiales como en las periferias. Las políticas necesariamente implican tomar medidas muy concretas sobre todo en materia de relaciones centro periferia (Samir Amin, “Pour la cinquième internationale”, 2006).

El péndulo de la historia y la vía hacia el Socialismo del siglo XXI

¿Cómo logramos una regulación ciudadana y social, o mejor aún la socialización mediante la democracia ciudadana que integra? El (neo)liberalismo da prioridad absoluta a la eficiencia de la empresa privada lo que desemboca en la totalización del mercado. El único y último mecanismo regulador tiende a ser el mercado. La intervención del Estado consiste en promover ese libre juego de mercado que opera a favor de las grandes transnacionales y el capital financiero a nivel internacional. El polo opuesto al liberalismo histórica ha sido el socialismo realmente existente. Este polo opuesto da prioridad absoluta a la vitalidad a partir de la totalidad. Esta respuesta del socialismo realmente existente llevó a la planificación centralizada. El plan total es la respuesta dialéctica al mercado total. En el plan totalizado no hay posibilidad de una interpelación estructural y democrática de la ciudadanía. Entre los dos polos opuestos del mercado totalizado y el plan total, el péndulo de la historia se mueve. Seguir ese movimiento nos puede dar perspectivas donde buscar una alternativa futura no solo al neoliberalismo sino también al capitalismo.

Al suprimir en la raíz la economía de mercado, en el socialismo real se tendió a un plan central y absoluto. Al rechazar en la raíz el interés particular, se acaba en el otro extremo del péndulo de la historia: el plan centralizado. El plan central lo decide todo y no deja espacio estructural para la interpelación ciudadana. El Estado se transforma, de este modo, en un aparato centralizado para formular y llevar a cabo el plan, sin interpelación democrática de la ciudadanía. La voz única del mercado se sustituye por la de un partido único que desarrolla y ejecuta el plan. Apunta al crecimiento económico en nombre de la ciudadanía pero sin participación o interpelación estructural de ella. El crecimiento económico y la competencia en esta materia ha sido el Norte tanto para la economía de mercado como para el socialismo realmente existente. La vida humana y natural estaba al servicio de la economía y no al revés. La economía no estaba, en otras palabras, en función de la vida misma.

La intervención del Estado keynesiano representa históricamente la tercera vía en el péndulo de la historia con su papel regulador entre la eficiencia y la vitalidad. Para Keynes era claro que sin crecimiento de la economía en su conjunto, o sea sin vitalidad, no había posibilidad de acumulación a largo plazo. El Estado tenía que intervenir en que se garantizara la vitalidad de la economía nacional con la finalidad de poder lograr de manera permanente una ganancia privada. Sólo la vitalidad puede salvar la lógica de acumulación del capital a largo plazo. Para ello habría que sostener la demanda. Sostener una demanda creciente implicaba, entre otras cosas, intervenir en la estabilidad de los ingresos y la seguridad social de los ciudadanos. Esta interpelación estatal desarrolla una mayor aproximación al bien común e implica una mayor legitimación ciudadana mientras dure el modelo keynesiano.

Acorde con la propia lógica del péndulo de la historia se puede imaginar y en un futuro no lejano, una cuarta vía que pone la economía en función de la vida y no al revés. El rumbo al bien común se definiría no desde arriba en forma centralizada sino a partir de una participación democrática ciudadana. Este camino podríamos definir como el socialismo del Siglo XXI. Ello implica sustituir un Estado Intervencionista Social por un Estado Solidario y la democracia representativa por una participativa. La transición se presenta en un contexto de creciente agotamiento de la racionalidad económica vigente.

Los límites de la racionalidad económica vigente

Todo modelo económico tiene su límite. El keynesianismo ha generado su propio límite al fomentar la demanda efectiva primordialmente a partir de una vida media cada vez más corta de las mercancías en general y así también la de la tecnología empresarial. Para el keynesianismo riqueza no es la existencia y permanencia de las cosas que tenemos y que nos rodeen sino volver a producir casi lo mismo a velocidad creciente. Solo así se mantiene el crecimiento económico en términos monetarios y por ende la acumulación. El resultado es una economía de cosas cada vez más desechables. Todo lo que se hace resulta desechable. La consecuencia es una reproducción material de la economía más veloz de lo que pueda acompañar la reproducción natural. El resultado es una amenaza de la economía para la naturaleza y el medio ambiente. Esta amenaza a su vez limitarán las posibilidades de reproducción de capital a mediano plazo.

El keynesianismo nunca funcionó en beneficio de los países del Sur. La llamada elasticidad de la demanda de los productos de la periferia fue muy inferior a la de los países centrales. La razón se basa esencialmente en la vida media de los productos. La vida media de los productos agrícolas y de las materias primas no puede acortarse con la misma facilidad a como puede se abreviar la vida de los bienes de consumo duradero o de la tecnología. La demanda de los productos que exportan los países periféricos no evoluciona, en otras palabras, con la misma velocidad de la demanda de los productos que importan. Para poder importar productos con una vida media cada vez más corta, los países periféricos han de exportar más de sus productos cuya vida media se acorta difícilmente. Su demanda por tanto no asciende tan fácilmente, o sea, es poca elástica. El resultado es una caída generalizada de los precios de los productos agropecuarios y de las materias primas procedentes del Sur. Los términos de referencia entre Norte y Sur se empeoran así con el tiempo.

La economía de derroche en el ámbito de consumo tiene su límite en la amenaza de la reproducción natural. La economía de derroche, sin embargo, también se da al interior de las empresas. Ahí se encuentra el límite interno a la racionalidad capitalista. Es una contradicción interna al propio sistema que tiende a agotar su propia racionalidad. La competitividad inter-empresarial requería una depreciación tecnológica cada vez más acelerada. La elasticidad en el alza del coste de la innovación supera, sin embargo, la elasticidad en la baja salarial. El movimiento social de los obreros y los excluidos constituye aquí un freno abierto y manifiesto. La consecuencia es la tendencia a la reducción de la tasa de ganancia en el ámbito productivo y el agotamiento del modelo keynesiano. Lo anterior conllevó a la economía neoliberal.

El neoliberalismo abandona de hecho la importancia temporal de la vitalidad de la economía. En vez de concentrar la inversión en el crecimiento de la economía en su totalidad enfoca la inversión en el reparto del mercado mundial existente. Con ello la atención se dirige del lado de la demanda global a la de la oferta transnacional. En esencia es un modelo apuntado a la demanda efectiva del producto transnacional. Este modelo brinda una salida temporal a la tasa de ganancia de las transnacionales y del capital financiero a nivel internacional. El límite, sin embargo se presenta cuando el mercado mundial se encuentre repartido. Con la globalización de la economía de mercado fue cuestión de décadas para que surgiera dicho límite al modelo neoliberal.

Al finalizarse el reparto del mundo, el dilema para el capital vuelve a ser la vitalidad o crecimiento a nivel de la totalidad. Sin crecimiento sostenible no hay posibilidad de acumulación a largo plazo. Apuntar a la vitalidad, sin embargo, implica volver a invertir más en el crecimiento económico y menos en el reparto del mercado mundial existente. El keynesianismo logró aumentar la demanda efectiva sobre todo al acortar la vida media de todo lo que se produce. El resultado fue una crisis medio ambiental. Acortar la vida media de la tecnología en las propias empresas, provocó además una baja en la tasa de ganancia. Después del neoliberalismo, no hay manera de seguir acortando la vida media de la tecnología empresarial. Alargar la vida media de esa tecnología, sin embargo, implica ventas menores y entonces ganancias menores para el sector que produce dichos medios de producción.

En el sector de los medios de producción no parece haber en la actualidad una vía para salvar la tasa de ganancia. Alargando o acortando la vida media de la tecnología resulta en una baja de la tasa de ganancia. No hay vía hacia adelante ni hacia atrás en materia de la vida media de la tecnología. De ahí el refugio actual en los patentes y los derechos de propiedad intelectual en general. Se puede alargar la vida media de la tecnología ganando cuando se obtiene una renta a partir de los derechos de propiedad intelectual sobre la misma tecnología. Lo anterior significa que el capital en el sector de los medios de producción comienza a vivir como rentista del monopolio sobre los derechos de propiedad intelectual. Lo anterior transforma a la clase capitalista en una clase parasitaria como lo fueron los señores feudales hacia finales del feudalismo.

La pregunta siguiente entonces es como pagar la renta. Si los derechos de propiedad intelectual constituyen una renta, la economía en su conjunto habrá de pagarlo. En tanto que la economía en su conjunto al alargar la vida media de la tecnología frene el crecimiento económico en términos monetarios, la renta solo puede generarse a partir de la concentración de los ingresos o transferencias entre sectores de la economía. Lo anterior implica una lucha social por los derechos de propiedad intelectual como patrimonio de la humanidad. Anticipar a ello es tarea del movimiento social y sobre todo de la intelectualidad comprometida con ese movimiento. La misma regulación económica en torno a los derechos de propiedad intelectual tiende a entrometerse en el corazón mismo de la lógica del capital, controlando la velocidad de la depreciación. Una regulación económica que intervenga en reducir la depreciación, promueve la des-acumulación en vez de la acumulación en términos de valor. Tal regulación promueve inevitablemente la transición al postcapitalismo. La política de alargar la vida media de los productos en general constituye una estrategia central para fomentar la transición al socialismo.

Hoy en día solo 15 o 20% de la población mundial que más consume amenaza la sobrevivencia del planeta. Mientras las economías centrales luchan por el reparto del mercado mundial a favor de sus transnacionales, las economías emergentes son las responsables del crecimiento actual en el mundo. Las economías emergentes ya son responsables de más del 50% del consumo de energía. Desde el año 2000 son responsables del 85% del aumento en la demanda de energía. China por si solo ya absorbió un tercio del incremento de la energía en los últimos cinco años; 50% del incremento en el consumo de cobre y aluminio y el 100% del incremento de la demanda de nicle, estaño y zinc. De las 20 ciudades más contaminadas en el mundo 16 se encuentran en China. Aunque EEUU todavía es el

principal contaminador del mundo, la emisión de carbono en China e India duplicará en unos diez años. El globo no lo soportará. Lo anterior demanda con urgencia otro estilo de vida y primero que todo en el Norte (Vea The Economist, 16 de setiembre de 2006: pagina 17). Sin alargar la vida media de todo lo que producimos y cuidar lo que tenemos en el Norte no hay expectativa de mejorar la vida para las inmensas mayorías necesitadas en el Sur.

La transición hacia una economía del cuidado

A partir de la propia contradicción en el desarrollo de las fuerzas productivas con las relaciones de producción existentes, brotan y se reivindican las nuevas relaciones de producción donde se generan condiciones para supeditar la economía a las necesidades de la vida humana y natural. Esta transición sin lugar a dudas no va ser gradual ni mecánica sino implicará un período de fuertes tensiones sociales que ya presenciamos. Antes de enfocar la propia transición veamos el rumbo posible del cambio. El punto de partida de una economía alternativa deja de ser el crecimiento económico y la ganancia como Norte. Con ello se acaba el desarrollo desenfrenado de realizar valores y ganancias basadas en necesidades artificiales de unas minorías que pone en riesgo toda vida humana y natural. También se agota la era del crecimiento económico a partir de la planificación central del Estado. A partir de una economía que no enfoca el crecimiento deja de existir la base estructural de la acumulación. En tales circunstancias, se presenta la posibilidad histórica y el proyecto político enfocar la transición de la economía en función de la propia vida.

Una economía en función de la vida requiere no solo una nueva vinculación de la economía formal con la sustantiva, sino también la supeditación de la forma al contenido. Este punto de vista implica enfocar las políticas económicas desde la óptica de la reproducción de la vida concreta en vez de enfocar la reproducción en términos monetarios. La contabilidad actual no hace diferencia entre actividades productivas e improductivas o incluso destructivas, ni entre las sostenibles e insostenibles. La actual economía no resta de la riqueza social la pérdida de bosques o la contaminación de ríos, pero suma a la riqueza nacional la labor de limpieza a medias de los ríos contaminados. Se llega al colmo de ver como productivo la destrucción de riqueza mediante la guerra para poder reconstruir nueva riqueza. La contabilidad social funciona como una máquina calculadora que solo sabe sumar lo nuevo expresado en términos monetarios, aunque destruya sin cesar la existente riqueza material, natural y humana. Al ver las cosas exclusivamente por la forma, la contabilidad actual opera como un instrumento incapaz de restar los costos materiales, sociales y naturales. No es capaz, en consecuencia, de orientar la economía en función de la vida misma ni hacia el Bienestar Genuino. Opera como si todo lo que hace dinero satisface necesidades.

El Bienestar Social Genuino (BSG) se contrapone al Producto Interno Bruto (PIB). El Bienestar Social Genuino mide toda la riqueza presente. El PIB mide exclusivamente la riqueza desechable producida año tras año. A partir de ésta nueva racionalidad, la conservación de la vida media de los productos y de la tecnología reemplaza buena parte de la (re)producción cada vez más acelerada de productos desechables. Al contabilizar en un año determinado la riqueza material presente, la conservación de la misma a través de los años aumentaría el bienestar para un período más prolongado. Esta tendencia fomentaría no solo la calidad de los productos y servicios, sino también el cuidado y conservación de todo lo que hacemos. Solo a través de esta racionalidad de cuidar la vida de las cosas hechas es posible ajustar la velocidad de reproducción de la riqueza material generada por los seres humanos, a la velocidad de reproducción de la naturaleza. En otras palabras, solo así es posible hablar de desarrollo sostenible en el sentido de la vida misma.

La economía del cuidado no enfoca el aumento de la riqueza en términos de dinero, sino en términos de valores de uso que están en función de la vida. Vista en función de la vida, los seres humanos realizan trabajo (el doméstico, el voluntario, el pastoral, etc.) que genera riqueza. Aunque esta riqueza no adquiere expresión monetaria, tratase de riqueza visto por su contenido. La conservación de la riqueza existente es aumentar el stock presente de riqueza visto por el contenido. La riqueza mejor

conservada permite que los valores de uso conservados nos acompañen durante más tiempo. Con ello aumenta el stock de riqueza presente. La mejor conservación o cuidado de las cosas que nos rodeen no genera riqueza nueva, sino permite que la riqueza presente permanezca.

La acumulación del capital se torna incompatible con el concepto mismo de una economía sostenible. El carácter sostenible de la acumulación de capital más bien depende del sacrificio perpetuo de la vida natural y humana. Con el colapso de la propia naturaleza, la misma vida humana está en juego. A partir de ahí se desarrolla la resistencia social que reivindica la conservación de la naturaleza. Una política alternativa ha de declarar a la naturaleza patrimonio común de la humanidad. La economía alternativa sostenible supone y requiere una economía solidaria, es decir, solidaria con la naturaleza pero con ello también con las generaciones futuras. Una economía solidaria no toma una hipoteca sobre futuro de la vida natural y humana con la única finalidad de acumular más dinero en el corto plazo a costa de la vida de las generaciones presentes y futuras.

En una economía alternativa no se saque de la naturaleza más recursos de lo que la naturaleza es capaz de reponer a largo plazo. En una economía alternativa, la velocidad de la reproducción material tiene que disminuir básicamente en el Norte. El aumento de la vida media de todo lo que se produce permite ajustar la velocidad de la reproducción material a la velocidad de la reproducción de la propia naturaleza. El consumo de los recursos naturales renovables, en otras palabras, no puede ir más de prisa de lo que la naturaleza es capaz de reponerlas. El consumo de recursos no renovables muestra un límite aún mucho más dramático. La pérdida de vida natural es pérdida de riqueza no solo para las generaciones actuales, sino también para las próximas y constituye, por lo tanto una economía no solidaria. Esta pérdida de naturaleza no se contabiliza en una economía de mercado. Es más tales pérdidas no pueden ser contabilizados en términos de dinero. Si tuviéramos que dar un valor a los recursos no renovables, el exterminio de los mismos implicaría un costo infinito.

Lo anterior implica que en una economía sustentable la economía contable ha de subordinarse, entonces, a criterios no contables propios de la vida. Los recursos naturales han de ser patrimonio común de los pueblos y a menudo incluso patrimonio común de toda la humanidad. Para lograr una economía sustentable es supuesto orientar la regulación económica hacia un equilibrio entre la velocidad de la reproducción material de la economía con la reproducción de la naturaleza. La generación de riqueza por su forma se realiza a costa del contenido, es decir, la acumulación sostenida de capital, genera desequilibrios naturales cada vez mayores. Para una economía alternativa y sostenible, el punto de partida es el cuidado de la vida humana y natural y de todo lo que nos rodea a través del tiempo. Este enfoque es incompatible con la lógica del capital.

Una posición antropocéntrica demanda conectar los ciclos de vida de la naturaleza en general con aquellos de la vida de la especie humana misma a través del tiempo. El costo de la contaminación del agua y del aire a través de los años adquiere un carácter irreparable. Este daño no solo contempla los efectos para las generaciones futuras de la especie humana, sino también aquellas causadas a la propia naturaleza y así otra vez a la especie humana. El consumo de energía no renovable y el deterioro de la capa de ozono, a largo plazo, causan daños irreparables al medio ambiente. Son una amenaza para la vida en general. Este costo al cuantificarlo dentro del cálculo de la utilidad sería incalculable ya que tiende al infinito. Un costo incalculable trasciende el ámbito cuantitativo y requiere subordinar la forma al contenido.

La transición simultánea en Norte y Sur

Cuando los productos de consumo y los medios de producción en existencia suelen tener una vida más prolongada, y cuando, como consecuencia, la producción anual de riqueza material tienda a disminuir, la riqueza presente puede aumentar debido a la mayor durabilidad y mejor calidad de los productos finales. Bajo estas circunstancias aumenta la "productividad genuina" del trabajo ya que se logra un mayor bienestar con menos trabajo. Con el incremento de la "productividad genuina", aumenta el bienestar genuino. Su medición sintética se obtiene a partir del aumento del tiempo libre.

Más tiempo libre implica un mayor bienestar genuino y su reducción más bien una pérdida del mismo. Las inversiones poscapitalistas son, entonces, liberadoras. La racionalidad económica poscapitalista requiere entonces otro cálculo económico y otra contabilidad social. El enfoque sobre la contribución de las partes a partir de la vida misma no se deja medir en términos cuantitativos. La vida misma y el bienestar, en esencia, son una realidad cualitativa y no cuantitativa. Al disminuir la producción anual de riqueza nueva, la masa de dinero anualmente presente pierde relación con la nueva riqueza producida. Un mayor bienestar social genuino se logra entonces con cada vez menos dinero. El proceso de desacumulación monetaria que ello implica se dará sobre todo en el Norte. Si ese dinero sobrante permanece en el Norte se desvaloriza.

De esta forma se vislumbra la oportunidad de impulsar, mediante impuestos u otras formas de transferencia (los términos de intercambio se tornan por ejemplo más favorables para el Sur), una redistribución más igualitaria del ingreso a nivel mundial. Un sistema tributario internacional con flujos monetarios (sin compromisos ni intereses) de Norte a Sur estimulará el descenso del crecimiento económico en el Norte sin pérdida de Bienestar Genuino, generando a la vez recursos necesarios para acelerar el crecimiento económico en el Sur. De esta forma aumentaría el bienestar material en el Sur para así lograr un mayor Bienestar Social Genuino sin afectar siquiera al Norte en ese aspecto. En tanto que el proceso de transferencia en el Norte guarda relación con el desarrollo del Sur, habrá a nivel mundial un crecimiento monetario cero con un fuerte crecimiento del Bienestar Social Genuino a nivel mundial. Con tasas de crecimiento cero las tasas de interés tienden a cero.

La política económica de una economía en transición, entonces, ha de apuntar a suprimir las tasas de interés a nivel internacional alrededor de cero. Al ser estructuralmente negativa el crecimiento monetario en el Norte las tasas de interés tienden a valores negativos en el Norte y positivos en el Sur. Lo anterior conllevaría a invertir en el Sur. Para permitir que la reproducción material a nivel global se nivele con las posibilidades de la reproducción natural, debería haber un crecimiento monetario negativo a nivel global. Lo anterior implica una política económica de un crecimiento monetario más lento en el Sur de lo que decrece el Norte en esos términos. Globalmente habría crecimiento negativo, pero no así en el Sur. Enfocar la política económica en el Sur a la producción en función de las necesidades más inmediatas y enfocar la política en el Norte a suprimir el consumismo, este resultado es más que viable en la transición. La contabilidad social poscapitalista partirá así de la contribución de las partes a la reproducción de la vida desde la óptica del contenido y ya no desde el punto de vista de la forma o el dinero.

Hacia una participación democrática en el propio proceso económico

Establecer prioridades en los productos para la propia vida humana y establecer el costo simultáneo que tiene para la naturaleza y el medio ambiente no puede estar más en manos de empresas transnacionales que fomentan el consumismo como sucede actualmente. En una economía poscapitalista la definición de las necesidades demanda la interpelación permanente de la propia ciudadanía. Para lograr llegar al bien común, esta interpelación va desde lo local y particular hacia los niveles más generales, o sea tiene un carácter eminentemente participativo y democrático. En esta interpelación el bien común a nivel local aparece como interés particular a un nivel más general. Lo anterior implica una política económica radicalmente diferente. Hay que promover producir localmente lo que se puede producir localmente. Actualmente es al revés: se produce a escala global a partir de unas pocas y cada vez menos transnacionales. Estará obvio que este cambio es imposible sin que se produzca una crisis profunda en las propias transnacionales y que el movimiento social tome manos en el asunto.

El proceso de interpelación se encadena en otras palabras como un proceso de democrático participativo en lo que se produce y donde se produce, interpelación que no está exento de conflictos. Es aquí donde aparece la figura de un nuevo Estado: El Estado Solidario. Este proceso de

interpelación democrática no puede terminar donde se encuentran las fronteras nacionales. En el postcapitalismo, la definición del Bienestar Social Genuino ya no se puede limitar a nivel nacional, sino está sujeta a interpelaciones internacionales con cambios permanentes en el tiempo y acorde con las particularidades sociales de las poblaciones. Lo anterior implica una reestructuración completa, por ejemplo, de las Naciones Unidas eliminando el veto de las potencias actuales, estableciendo derechos preferenciales de los países del Sur y obligaciones de las naciones actualmente más ricas para con el Sur y para con la naturaleza estructurando la solidaridad a nivel internacional.

Ciudadanía en una economía poscapitalista significa obligación de los otros hacia mí y mi obligación hacia los otros en función de una mayor plenitud de la vida de todos. Esta nueva relación social no es posible lograr a partir de las relaciones de mercado que tienden a excluir y a generar injusticias enormes. Estas obligaciones solidarias se dan a partir de las relaciones democráticas en el campo económico, político y social. A nivel macro se este proceso se da entre naciones, fomentando una mayor redistribución del poder del Norte hacia el Sur para así lograr un mayor Bienestar Social Genuino para todos como acabamos de ver. Estas obligaciones también se dan a nivel nacional con estructuras políticas en beneficio de zonas y grupos sociales desfavorecidos e incluso se da a nivel más local.

Para poder desarrollar mayores grados de libertad en una economía alternativa del mecanismo de mercado se requiere la separación del ingreso del vínculo con el mercado de trabajo. Solo así se dará una emancipación verdadera entre el trabajo pagado y el no pagado. Solo al introducir un ingreso ciudadano sin vínculo necesario con el mercado de trabajo se comienza a concebir la economía por su contenido en función de la reproducción de la vida misma. Con la introducción de un ingreso ciudadano, el trabajo no pagado (trabajo doméstico, trabajo voluntario) deja de subordinarse al trabajo relacionado con el mercado. Con la introducción de un ingreso ciudadano, el pleno empleo deja de ser condición imprescindible como política garante de la vida. Al borrarse la diferencia entre trabajo pagado y no pagado, los derechos y deberes de los ciudadanos ya no se derivan de su vinculación o no con el mercado laboral. Los derechos y deberes se derivan a partir de entonces de mi vínculo democrático participativo con mi comunidad, con mi nación y por ende a nivel internacional.

La transición al postcapitalismo: ¿utopía o posibilidad real?

Hablar del socialismo del Siglo XXI, es hablar de una utopía. Esto no significa soñar, sino anticipar como lograr una sociedad de seres humanos libres e iguales que como sujeto construyen su futuro. No se trata de una mera ilusión sino de un proyecto movilizador. Poner la economía en función de la vida misma implica acabar con la racionalidad que sacrifica la vida para que funcione el mercado. Lo anterior implica una lucha social por el cambio. La propia economía de mercado y su funcionamiento constituyen actualmente la finalidad del sistema. La vida humana y natural apenas aparece como un medio o un recurso para lograr esta meta. Desde el punto de vista de los seres humanos afectados, sin embargo, la totalización de la economía de mercado aparece como una creciente distorsión de la vida humana y natural. Lo experimentamos como una vulnerabilidad cada vez más insostenible. Este sufrimiento y esta vulnerabilidad cada vez más generalizada que experimentan las mayorías indican que para ellos sistema del mercado va cada vez más en contra de su bien. La ética del bien común se deriva entonces de ese sufrimiento y el grito de rebelión que fomenta ya que cada vez más personas experimentan distorsiones crecientes.

La relación mercantil totalizadora propio al neoliberalismo desemboca en la ética del “salvase quien pueda” que sin embargo finalmente no salvará a nadie. El reparto del mercado mundial en beneficio de las transnacionales y el capital financiero a nivel internacional destruye la producción local y genera una creciente concentración de ingresos dentro de los países y a nivel internacional. Esta ética constituye una amenaza creciente para toda la vida humana y natural. La conciencia que nadie puede vivir si no puede vivir el “otro” (la otra persona, la otra raza, el otro sexo, la otra nación, la otra

cultura, la naturaleza fuera de mí), esta ética solidaria no se produce en abstracto, sino al interior de esta realidad excluyente.

En la batalla económica por el reparto del mercado mundial no cabe ni siquiera todo el gran capital. Con ello, la batalla por el reparto del mercado mundial sobrepasa el ámbito económico y tiende a alcanzar dimensiones militares. La ética de salvarse una nación, una cultura o una raza a costa de todo y todos, a la larga no salvará a nadie. Lo que si generará es un sufrimiento cada vez más insoportable para amplias mayorías. En medio de este dolor se desarrolla la resistencia mundial contra la globalización y contra la guerra. Esta resistencia generará una ética alternativa: la ética solidaria que deslegitima al propio sistema. La ética solidaria nace a partir de la conciencia que sin salvar al "otro" no habrá salvación para nadie. Esta ética nace y se desarrolla primero entre los excluidos como estrategia de sobre vivencia, pero conforme se radicalice ese salvase quien pueda alcanzará a capas cada vez más amplias de la población. Este momento se nos acerca a pasos agigantados y con ello se vislumbra la necesidad y posibilidad del salto del movimiento social al proyecto político radical.

La lucha política para lograr una sociedad alternativa que reafirma la vida dista necesariamente de la lucha política que se dio por el socialismo realmente existente. El liberalismo histórico no salvó siquiera al capital en general y condujo a la primera guerra mundial. La respuesta histórica fue el socialismo realmente existente. La planificación central totalizada fue la antítesis o la respuesta dialéctica a la economía de mercado totalizada que regía fines de siglo XIX con la política liberal. La planificación centralizada trata de definir el bien común no como el resultado de la mano invisible de la economía de mercado sino a partir de la planificación centralizada, es decir, a partir de una mano sumamente visible. La planificación central definía las prioridades para la ciudadanía pero sin que ella tuviera participación estructural y democrática en la definición de las mismas ni en la interpelación de sus resultados. La planificación centralizada es, en otras palabras, otra modalidad histórica que sofoca la interpelación práctica de la ciudadanía. La vanguardia y el comité central del partido aparecen como el "sujeto histórico". En vez de abrirse más a una interpelación democrática participativa para encaminar la economía al bien común, la planificación totalizadora tendió a suprimir tal interpelación lo que imposibilitaba la subjetivización de las mayorías y las negaba su autodeterminación.

El neoliberalismo se caracteriza por el re-reparto del mundo que adquiere un carácter cada vez más bélico. Este episodio se anuncia a partir de los sucesos del 11 de setiembre de 2001. El reparto del mundo a partir del 11 de setiembre se da básicamente a partir de la guerra. A nivel internacional significa un reparto agresivo a costa de no importa quien. Cuando el reparto del mercado y la riqueza existentes se agotan, queda aún la posibilidad de sostener la demanda efectiva al comprometer la riqueza futura. Vivir a partir de una deuda creciente significa salvar la demanda efectiva de hoy a costa de un compromiso de pago a futuro. Al poseer la moneda internacional y al tener la moneda en la cual se invierten la gran mayoría de las reservas internacionales, EEUU es el país que más se puede endeudarse a nivel mundial. EEUU debe ese dinero básicamente a sus principales contrincantes económicos como China y Japón. La sola deuda pública y privada de EEUU representaba actualmente más del 50% de toda la deuda mundial. En estas circunstancias, cualquier otro país hubiese tenido que devaluar y que aplicar políticas de ajuste estructural muy severas.

EEUU tienen hoy en día una capacidad armamentista bastante superior a la del resto del mundo y, en vez de reducirse, la brecha más bien tiende a aumentar. Un gasto militar en ascenso basado en una base económica en declive no puede ser sostenido. Al poseer la moneda universal, EEUU podrá sostener el gasto militar durante un tiempo a puro crédito. Sin embargo, un país que vive cada vez más del crédito, depende también cada vez más de la riqueza de otros. Por lo anterior EEUU ya no logra imponer su criterio a sus acreedores, es decir, pierde hegemonía. Al perder la hegemonía en lo económico, el imperio suele recurrir a la fuerza y, eventualmente, contra sus acreedores. Una hegemonía basada en la economía de guerra pero sostenida a puro crédito de sus contrincantes no tiene futuro y menos aún cuando el crédito encarece. Una depresión económica está entonces a la vista. Un colapso en el comercio internacional significa la quiebra de muchas transnacionales. Ello

significa una caída brusca de la bolsa de valores en el mundo entero. Una caída brusca del comercio internacional no solo brinda la oportunidad de volcarse al mercado local, sino se impone como necesidad absoluta al contraerse drásticamente la capacidad de importación de productos transnacionales. En medio de este entorno es posible y necesario a la vez orientar la economía al desarrollo endógeno y a la desconexión. Anticiparse a esta coyuntura y desarrollar conciencia al respecto es precisamente tarea política de la izquierda.

El movimiento social mundial por una alternativa al neoliberalismo, es decir, el llamado “movimiento altermundialista” nace y se desarrolla en medio de estas contradicciones internas del gran capital en torno a la disputa por el reparto del mundo. La lucha social por una alternativa reivindica la desconexión del proceso de globalización. Esta desconexión se da a nivel local por la misma lucha de sobrevivencia de los excluidos. También se da a nivel nacional e internacional como se plantea, por ejemplo, en la Alternativa Bolivariana para América Latina (ALBA). El proceso de desconexión puede darse a nivel mundial y el lugar para este paso es al interior del Foro Social Mundial (FSM). Luchar por una política de desconexión adquiere perspectivas claras en medio de una crisis de hegemonía y más aún en medio de una depresión internacional. Esta crisis de hegemonía y esta depresión están a la vista. Con la desconexión se subraya la soberanía nacional, el desarrollo endógeno y por ende la multipolaridad. El desarrollo de un proyecto político para definir el rumbo futuro hacia el poscapitalismo es tarea de todos los movimientos sociales comprometidos con un cambio en la racionalidad económica vigente. En este contexto Samir Amín habla de la necesidad y oportunidad de una quinta internacional en el estilo de la primera, es decir un proyecto político mundial con una participación amplia e incluyente, sin vanguardismos ni autoritarismos.